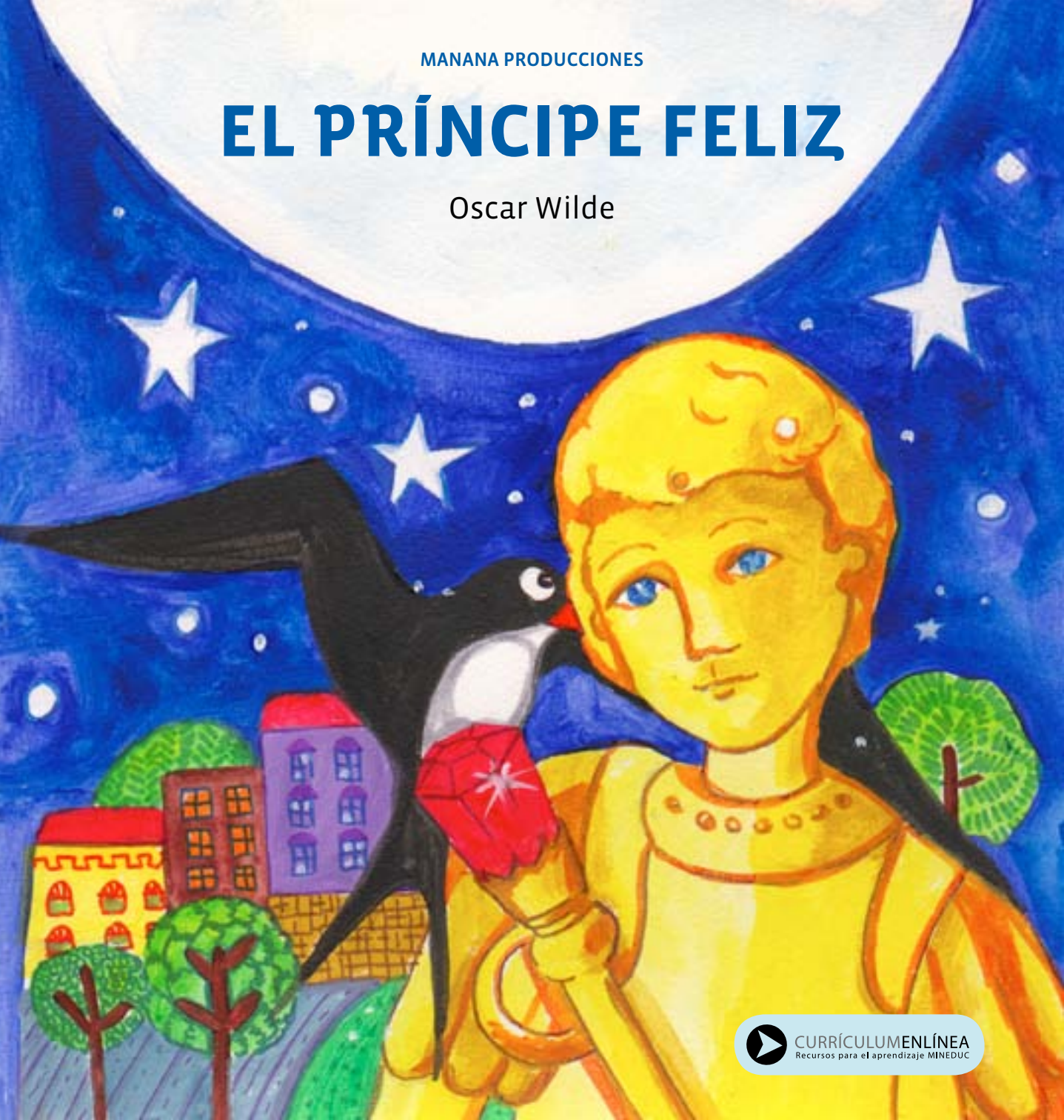


MANANA PRODUCCIONES

EL PRÍNCIPE FELIZ

Oscar Wilde



EL PRÍNCIPE FELIZ

Oscar Wilde



EL PRÍNCIPE FELIZ
Manana Producciones

Producción: Mariana Acosta S.
e-mail: marianaas44@hotmail.com

Ilustración: Francesca Ratto M.
Diseño colección: Caterina di Girolamo A.

Muy alto sobre la ciudad, sobre una elevada columna, se erguía la estatua del Príncipe Feliz. Toda recubierta con delgadas hojas de oro fino, tenía por ojos dos brillantes zafiros y un gran rubí resplandecía en el pomo de su espada.

Todo el mundo se detenía para admirar la figura de aquel Príncipe.

—Es tan hermoso como una veleta —observó uno de los consejeros de la ciudad, que deseaba ganar prestigio como persona de gustos artísticos—, claro que no es tan útil —agregó, temiendo que la gente lo creyera poco práctico, algo que en realidad no era.

—¿Por qué no puedes ser tú como el Príncipe Feliz? —le preguntó muy sensatamente una mamá a su pequeño hijo, que lloraba pidiendo la luna—. ¡Al Príncipe Feliz jamás se le ocurriría llorar así por nada!

—Me alegro de que por lo menos haya alguien en el mundo que sea feliz —murmuró un desilusionado, contemplando la maravillosa estatua.

—Es como un ángel —dijeron los niños del Colegio de Caridad, que salían de la Catedral luciendo sus brillantes capas escarlatas y sus delantales blancos.

—¿Cómo pueden ustedes hablar sobre el aspecto de los ángeles —dijo el Maestro de Matemáticas— si jamás han visto uno?

—¡Ah, pero sí los hemos visto, en nuestros sueños! —contestaron los niños, y el Maestro de Matemáticas frunció el ceño y asumió un aire muy severo, pues no estaba de acuerdo con que los niños soñaran.





Cierta noche voló sobre la ciudad una pequeña Golondrina. Hacía ya seis semanas que sus compañeras se habían ido a Egipto, pero ella había decidido quedarse, por estar enamorada del más hermoso de los juncos. El encuentro había tenido lugar al comienzo de la primavera, cuando la Golondrina perseguía a una gran mariposa amarilla volando sobre el río; tan atraída se sintió por su fina cintura, que se detuvo a hablarle.

—¿Quieres que me enamore de ti? —le dijo la Golondrina, a la que no le gustaba andar con rodeos, y el Junco le hizo una profunda reverencia. La Golondrina comenzó a volar una y otra vez a su alrededor, rozando el agua con sus alas y formando rizos que eran pequeñas ondas plateadas. Ésta era su forma de cortejar, y este cortejo duró todo el verano.

—Es un noviazgo ridículo —gorjeaban las otras golondrinas—; él carece de fortuna, y tiene demasiados parientes —y era verdad, pues el río estaba lleno de juncos. Luego, al llegar el otoño, todas las golondrinas emprendieron vuelo.

Cuando todas sus compañeras hubieron partido, la Golondrina se sintió triste y sola, y empezó a cansarse de su amor.

—No sabe de qué conversar —se dijo—, y además es muy poco serio. Está siempre coqueteando con la brisa.

Y así era en efecto, pues cada vez que soplabla la brisa, el Junco se deshacía en reverencias.

—Tengo que admitir, eso sí, que es sin duda muy hogareño —siguió diciendo la Golondrina—, pero a mí me encanta viajar, y por tanto, al que me ame deben gustarle también los viajes.

—¿Quieres venir conmigo? —le preguntó finalmente, pero el Junco dijo que no con su cabeza. Estaba muy arraigado a su casa.

—¡Estabas jugando conmigo! ¡Me voy a las Pirámides! ¡Adiós! —y la Golondrina se echó a volar.

Voló durante todo el día, y por la noche llegó a la ciudad.

—¿Dónde encontraré un lugar para cobijarme? Espero que en la ciudad esté todo preparado.

En ese momento vio a la estatua sobre su alto columna.

—Pasaré la noche aquí —se dijo—, es un lugar excelente y bien ventilado.

Y se posó justamente entre los pies del Príncipe Feliz.

—Tengo un dormitorio dorado —murmuró suavemente mientras echaba una mirada a su alrededor. Y se dispuso a dormir. Pero en el momento en que iba a poner su cabeza debajo del ala, una gruesa gota de agua le cayó encima.





—¡Esto sí que es curioso! No hay en el cielo una sola nube, las estrellas relucen, y sin embargo llueve. El clima del norte de Europa es realmente espantoso. Al Junco le agradaba la lluvia, pero era por puro egoísmo.

Volvió a caerle otra gota.

—¿De qué sirve una estatua si ni siquiera lo protege a uno de la lluvia? Voy a buscar una chimenea que tenga un buen sombrero —y se dispuso a volar.

Pero antes de que abriera sus alas, le cayó encima una tercera gota. La Golondrina miró hacia arriba, y vio... ¿Qué fue lo que vio la Golondrina?

Los ojos del Príncipe Feliz estaban llenos de lágrimas, y las lágrimas rodaban por sus mejillas doradas. Tan hermoso era su rostro bajo la luz de la luna, que la pequeña Golondrina sintió una profunda piedad.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy el Príncipe Feliz.

—¿Y por qué lloras, entonces? Casi me has empapado por completo.



—Cuando yo vivía y latía en mi pecho un corazón como el de todos los hombres —respondió la estatua—, jamás supe lo que era derramar una sola lágrima, pues vivía en el Palacio de Sans-Souci, cuyas puertas permanecen cerradas al Dolor. Durante el día jugaba en el jardín con mis compañeros, y por la noche bailaba en el gran salón de fiestas. Alrededor del jardín se levantaba un muro muy alto, pero a mí nunca se me ocurrió pensar en lo que podía haber más allá de él. A mi alrededor, todo era hermoso. Mis cortesanos me llamaban el Príncipe Feliz, y en verdad lo era, si al placer se lo puede llamar felicidad. Así viví, y así morí. Y ahora que estoy muerto, me han colocado en este pedestal tan alto que puedo ver toda la sordidez y la miseria de mi ciudad, y, aunque mi corazón es de plomo, no puedo evitar el llanto.

—¿Cómo? Yo creía que la estatua era toda de oro puro —dijo para sí la Golondrina, que era demasiado bien educada como para hacer en voz alta una observación sobre cosas íntimas.





—Muy lejos de aquí —siguió diciendo la estatua con una voz baja y musical—, muy lejos de aquí, en una callejuela estrecha, diviso una casa de aspecto muy pobre. Una de las ventanas está abierta, y a través de ella alcanzo a ver una mujer sentada ante una mesa. Su rostro pálido y demacrado contrasta con sus manos ásperas y enrojecidas, llenas de pinchaduras de aguja. Es una costurera. Está bordando pasionarias sobre un vestido de seda que usará la más bella de las damas de honor de la Reina en el próximo baile de la Corte. En un rincón del cuarto, un niño yace enfermo en su pequeña cuna. Tiene fiebre y pide naranjas. Pero lo único que tiene su madre para darle es agua del río. Y el niño está llorando. Golondrina, Golondrina, mi pequeña Golondrina, ¿no le llevarías a la pobre mujer el rubí del pomo de mi espada? Tengo los pies fijos a este pedestal y no puedo moverme.

—Me esperan en Egipto —dijo la Golondrina—. Mis amigas están volando río abajo y río arriba sobre el Nilo, y les gorjean a las flores de loto. Pronto se irán a dormir en la tumba del Gran Rey. El Rey mismo descansa en su ataúd decorado. Está envuelto en paño de lino de color amarillo y embalsamado con sustancias aromáticas. Tiene alrededor de su cuello una cadena de jade verde pálido, y sus manos parecen hojas marchitas.

—Golondrina, Golondrina, mi pequeña Golondrina —dijo el Príncipe—, quédate conmigo esta noche y sé mi mensajera. El niño tiene mucha sed y la madre está muy triste.

—No me gustan mucho los niños —respondió la Golondrina—. El verano pasado, cuando yo vivía cerca del río, dos muchachos muy malos, que eran hijos del molinero, solían arrojarme piedras. Nunca llegaron a alcanzarme, por supuesto, porque las golondrinas sabemos volar muy bien, y además yo provengo de una familia célebre por su agilidad. De cualquier modo, la actitud de ellos mostraba una falta de respeto.

Pero el Príncipe Feliz se veía tan triste, que la pequeña Golondrina sintió lástima.

—Mucho frío hace aquí —volvió a decir la Golondrina—, pero me quedaré contigo esta noche y seré tu mensajera.

—Gracias, mi pequeña Golondrina —dijo el Príncipe.

Y la Golondrina arrancó el rubí de la espada del Príncipe y con la piedra preciosa en el pico se fue volando sobre los tejados de la ciudad. Voló sobre la cúpula de la Catedral, donde hay ángeles esculpidos en mármol blanco. Pasó sobre el Palacio y oyó el rumor que venía del salón de fiestas. Una hermosa doncella salió con su novio al balcón.

—¡Qué hermosas son las estrellas —dijo él— y qué asombroso el poder del amor!

—Espero que mi vestido esté terminado para el baile de la Corte —respondió ella—. He encargado que lleve bordadas unas pasionarias, ¡pero las costureras son tan perezosas!





La Golondrina sobrevoló el río y vio las luces que brillaban en los mástiles de los barcos. Pasó sobre el Ghetto y vio a los viejos judíos regateando sus mercancías y pesando monedas en balanzas de cobre. Finalmente llegó a la casa de la pobre costurera y miró por la ventana. El niño se revolvía ardiendo de fiebre en la cama, y la madre, exhausta, se había quedado dormida. Dando pequeños saltitos la Golondrina entró y depositó el gran rubí sobre la mesa, junto al dedal de la mujer. Luego voló suavemente alrededor de la camita, abanicando con sus alas las sienes del niño.

—¡Oh, qué agradable frescor siento! —dijo el niño—. Debo estar mejorándome —y se sumió en un delicioso sopor.

Luego la Golondrina emprendió el vuelo para volver junto al Príncipe Feliz, y le contó lo que había hecho.

—Es curioso —agregó—, pero ahora casi siento calor, aunque hace tanto frío.

—Eso se debe a que has hecho una buena acción —dijo el Príncipe. Y cuando la pequeña Golondrina comenzaba a pensar, se quedó dormida. Pensar siempre le daba sueño.

Al amanecer voló al río y se dio un baño.



—¡Qué fenómeno tan curioso! —dijo el Profesor de Ornitología mientras cruzaba el puente—. ¡Una golondrina en invierno!

Y publicó sobre el tema un larguísimo artículo en el periódico local. Todo el mundo lo leyó y lo comentó, pues tenía una gran cantidad de términos que nadie entendía.

“Esta noche partiré a Egipto”, se dijo la Golondrina, alegrándose mucho ante la perspectiva del viaje. Visitó todos los monumentos públicos y estuvo un largo rato posada en el campanario de la iglesia. Dondequiera que fuese, los gorriones piaban a su paso, diciendo:

—¡Qué extranjera tan distinguida! —con lo que ella se divirtió mucho.

Cuando salió la luna, volvió junto al Príncipe Feliz.

—¿Tienes algún encargo para Egipto? Dentro de poco partiré.

—Golondrina, Golondrina, mi pequeña Golondrina —dijo el Príncipe—, ¿no te quedarías conmigo una noche más?

—Me esperan en Egipto —respondió la Golondrina—. Mañana mis amigas volarán hacia la Segunda Catarata. Allá, entre los juncales, dormita del hipopótamo, y sobre su gran trono de granito está sentado el dios Memnón. Vigila las estrellas durante toda la noche; cuando ve brillar el lucero, da un grito de alegría, y luego se queda en silencio. A mediodía, los leones de melena dorada llegan hasta la ribera para beber. Tienen ojos verdes como aguamarinas y su rugido es más poderoso que el de las cataratas.





—Golondrina, Golondrina, mi pequeña Golondrina —dijo el Príncipe—. Lejos de aquí, al otro lado de la ciudad, alcanzo a ver a un joven en una buhardilla. Se inclina sobre una mesa cubierta de papeles y a su lado, en un vaso, hay un ramo de violetas marchitas. Tiene el cabello castaño y rizado, los labios rojos como las granadas, y ojos grandes y soñadores. Está empeñado en terminar una obra que le solicitó el Director del Teatro, pero siente tanto frío que ya no puede escribir. No hay fuego en su estufa y se ha desvanecido de hambre.

—Me quedaré contigo una noche más —respondió la Golondrina, que en el fondo tenía buen corazón—. ¿Quieres que le lleve otro rubí?

—¡Ay de mí! No tengo más rubíes. Lo único que me queda son mis ojos. Son dos zafiros muy raros traídos de la India hace mil años. Saca uno de ellos y llévaselo a ese joven. Él podrá, a su vez, vendérselo al joyero, y comprar leña para su estufa, y terminar así su obra de teatro.

—Mi querido Príncipe —dijo la Golondrina—, no me pidas que haga tal cosa —y empezó a llorar.

—Golondrina, Golondrina, mi pequeña Golondrina —repitió el Príncipe—, haz lo que te pido.



Entonces la Golondrina sacó uno de los ojos del Príncipe y voló hacia la buhardilla del joven escritor. Le resultó muy fácil penetrar, pues el techo tenía una rotura. Y a través de esta rotura se introdujo, veloz, la Golondrina. El joven tenía su cabeza hundida entre las manos, y no oyó el aletear de la avecilla. Y cuando levantó la cabeza, se encontró con el magnífico zafiro que yacía entre las violetas marchitas.

—Veo que empiezan a reconocer mis méritos —exclamó—. Esto es un regalo de alguien que me admira mucho. Ahora puedo terminar mi obra de teatro.

Y se sintió muy feliz.

Al día siguiente, la Golondrina voló hacia el puerto. Se posó sobre el mástil de un gran velero y estuvo observando cómo los marineros izaban con cuerdas unos grandes cofres.

—¡Iza! —gritaban a medida que sacaban los cofres.

—¡Me voy a Egipto! —gorjeó a su vez la Golondrina, pero nadie prestó atención. Y cuando salió la luna, volvió junto al Príncipe.

—He venido a decirte adiós —le dijo.

—Golondrina, Golondrina, mi pequeña Golondrina —contestó el Príncipe—, ¿no te quedarías una noche más conmigo?





—Estamos ya en invierno —respondió la Golondrina— y pronto estará aquí el cierzo helado. En Egipto el sol ha entibiado las verdes palmeras, y los cocodrilos, tendidos en el barro, miran perezosamente a su alrededor. Mis compañeras están haciendo sus nidos en el Templo de Baalbec, mientras las palomas blancas y rosadas las observan, arrullándose unas a otras. Mi querido Príncipe, tengo que dejarte, pero nunca te olvidaré, y en la primavera próxima te traeré piedras preciosas para colocarlas en el lugar de aquellas que has regalado. El rubí será más rojo que una rosa roja, y el zafiro tan azul como el mar.

—A una cuadra de aquí —dijo el Príncipe Feliz— hay una niña que vende fósforos. Los fósforos se le han caído cerca de la alcantarilla y están todos estropeados. Su padre la castigará si no vuelve a casa con algunas monedas, y la pobrecita está llorando. No tiene ni zapatos ni medias, ni nada para cubrir su cabeza. Sácame el otro ojo y dáselo a ella, y su padre no la castigará.

—Una noche más me quedaré contigo —respondió la Golondrina—, pero no puedo sacarte tu ojo. Te quedarás completamente ciego.

—Golondrina, Golondrina, mi pequeña Golondrina —dijo el Príncipe—, haz lo que te pido.

La Golondrina arrancó entonces el ojo del Príncipe, y voló con él en el pico. Batiendo velozmente las alas descendió sobre la niña, y dejó caer la piedra en la palma de su mano.

—¡Qué hermoso trozo de vidrio! —gritó la pequeña. Y riendo corrió a su casa.

Luego la Golondrina regresó junto al Príncipe.
—Ahora estás ciego —le dijo—, así es que me quedaré siempre contigo.

—No, mi pequeña Golondrina —respondió el pobre Príncipe—, debes irte a Egipto.

—Me quedaré contigo para siempre —volvió a decir la Golondrina. Y se durmió a los pies del Príncipe.

Durante todo el día siguiente estuvo posada en el hombro del Príncipe, relatándole las cosas que había visto en extraños países. Le habló sobre los ibis rojos que, parados en largas hileras sobre los bancos de arena del Nilo, atrapan con sus picos los peces dorados; le habló sobre la Esfinge, casi tan vieja como el mundo, y que vive en el desierto y lo conoce todo; de los mercaderes que avanzan lentamente junto a sus camellos, haciendo girar entre sus dedos las cuentas de ámbar de sus rosarios; del rey de las montañas de la Luna, tan negro como el ébano y que rinde culto a un gran cristal; de la gran serpiente verde que duerme en una palmera, y que dispone de veinte sacerdotes para que la alimenten con pastelitos de miel; y de los pigmeos que, sobre anchísimas hojas, navegan en un gran lago y están siempre en guerra con las mariposas.

—Mi pequeña Golondrina —dijo el Príncipe—, tú me cuentas cosas maravillosas, pero lo más maravilloso es el sufrimiento de los seres humanos. No hay Misterio tan grande como la Miseria. Vuela sobre mi ciudad, mi pequeña Golondrina, y luego cuéntame lo que tú veas.





Y así la Golondrina voló sobre la gran ciudad y vio cómo los ricos se divertían en sus palacios, mientras los pordioseros se agrupaban a sus puertas. Voló por sórdidos pasajes donde niños de cara pálida y desfallecientes de hambre contemplaban con la mirada perdida las callejuelas oscuras. Bajo un puente yacían dos niños, uno en brazos del otro, tratando de darse calor uno a otro.

—¡Tenemos hambre! —decían.

—¡No pueden estar aquí! —les gritó el guardián, y se fueron ambos, vagando bajo la lluvia.

Luego la Golondrina volvió junto al Príncipe y le contó lo que había visto.

—Estoy recubierto de oro fino —dijo el Príncipe—. Hoja por hoja debes llevarlo y dárselo a mis pobres: los hombres han creído siempre que el oro puede hacerlos felices.

Hoja por hoja la Golondrina fue arrancando aquel oro fino, hasta que el Príncipe Feliz tuvo un aspecto opaco y grisáceo. Hoja por hoja la Golondrina fue llevando a los pobres aquel oro fino, y las caritas de los niños se volvieron rosadas, y se reían y jugaban en las calles.

—¡Ya no tenemos hambre! —decían.

Luego vino la nieve, y después de la nieve llegaron las heladas. Las calles, tanto era el brillo con que relucían, parecían estar hechas de plata. Largos carámbanos semejantes a dagas de cristal pendían de los aleros de las casas. Todos andaban por las calles envueltos en pieles, y los niños usaban gorros de color escarlata y patinaban sobre el hielo.



La pobre Golondrina sentía cada vez más frío, pero no abandonaba al Príncipe, tanto era su cariño por él. Picoteaba las migajas en la puerta de la panadería cuando el panadero no miraba y trataba de entrar en calor agitando sus alas.

Llegó el momento en que supo que iba a morir. Apenas tuvo fuerzas para volar una vez más hasta el hombro del Príncipe.

—Adiós, querido Príncipe —murmuró—. ¿Me dejas que bese tu mano?

—Me alegro de saber que por fin te vas a Egipto, mi pequeña Golondrina. Pero debes besarme en los labios, pues te he tomado mucho cariño.

—No es a Egipto adonde me voy —dijo la Golondrina—, voy a la Morada de la Muerte, y la Muerte es la hermana del Sueño, ¿no es cierto?

La Golondrina besó los labios del Príncipe Feliz y cayó muerta a sus pies.

Un extraño ruido resonó en ese momento dentro de la estatua, como si algo se rompiera. La verdad era que el corazón de plomo se había partido en dos. Ciertamente, la helada era terrible.





A la mañana siguiente el Alcalde paseaba en compañía de los Consejeros de la Ciudad. Al pasar cerca de la estatua, miró hacia arriba.

—¡Dios mío! ¡Qué pobretón se ve el Príncipe Feliz!

—¡Es cierto! ¡Qué pobretón! —respondieron los Consejeros de la Ciudad, que siempre estaban de acuerdo con lo que decía el Alcalde. Y subieron a observarlo.

—El rubí del pomo de su espada se ha caído, sus ojos han desaparecido, y también ha desaparecido el oro de lo recubría —dijo el Alcalde—. En fin, parece casi un pordiosero.

—Parece casi un pordiosero —repitieron los Consejeros de la Ciudad.

—Y miren ustedes: ¡hay un pájaro muerto a sus pies! —continuó el Alcalde—. Debemos publicar un decreto que prohíba a los pájaros morir en este lugar.

Y el Secretario de Actas tomó nota de la sugerencia.

Y derribaron la estatua del Príncipe Feliz.



—Como ha perdido su belleza, ya no tiene utilidad —comentó el Profesor de Arte de la Universidad.

Fundieron entonces la estatua y el Alcalde convocó a una sesión para decidir lo que se haría con todo ese metal.

—Naturalmente, debemos levantar otra estatua —dijo—, y esa estatua será erigida en mi honor.

—¡En mi honor! —dijo cada uno de los Consejeros de la Ciudad, y se pusieron a discutir furiosamente: la última vez que supe de ellos todavía estaban discutiendo.

—¡Qué cosa tan rara! —dijo el capataz de la fundición—. No puedo lograr que se funda en los hornos este corazón partido de plomo. Tírenlo por cualquier parte.

Y lo arrojaron sobre un montón de basura donde también yacía la golondrina muerta.

—Traedme las dos cosas de mayor valor que haya en la ciudad —dijo Dios a uno de sus Ángeles.

Y el Ángel trajo el corazón de plomo y la ave muerta.

—Habéis elegido bien—dijo Dios—. Esta ave cantará siempre en el jardín del Paraíso, y en mi Ciudad de Oro el Príncipe Feliz me alabará.



